

AUTORA DEL BESTSELLER
EL ACOSO MORAL



MARIE-FRANCE
HIRIGOYEN

LOS
NARCISOS
HAN TOMADO EL PODER



PAIDÓS

MARIE-FRANCE HIRIGOYEN

LOS NARCISOS

Han tomado el poder

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS Contextos

Título original: *Les Narcisse*, de Marie-France Hirigoyen
Publicado originalmente en francés por Éditions La Découverte

1.ª edición, enero de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions La Découverte, París, 2019
© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2020
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2020
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3653-9
Fotocomposición: Realización Planeta
Depósito legal: B. 26.437-2019
Impresión y encuadernación en Limpergraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

| | |
|--|-----|
| Introducción. Los Narcisos al poder. | 13 |
| 1. El narcisismo patológico de Donald Trump | 21 |
| 2. El concepto de «narcisismo» | 55 |
| 3. Los trastornos de la personalidad narcisista. | 83 |
| 4. Las principales patologías narcisistas | 93 |
| 5. Las raíces del narcisismo patológico. | 119 |
| 6. La importancia de la imagen como espejo de uno mismo | 145 |
| 7. Los efectos del narcisismo en la vida cotidiana | 161 |
| 8. Los efectos del auge del narcisismo en la sociedad | 181 |
| Conclusión. Acabar con las patologías del narcisismo | 215 |

CAPÍTULO 1

El narcisismo patológico de Donald Trump

Incluso para un no profesional, salta a la vista que en Donald Trump hay algo que no funciona. Para los que sepan lo que es el narcisismo patológico, el presidente de Estados Unidos elegido en noviembre de 2016, con su chulería, su conducta extravertida, su falta total de inhibición y de empatía, es un ejemplo paradigmático.

Desde que comenzó la campaña electoral de Donald Trump, hubo psiquiatras estadounidenses que dieron la voz de alarma en lo relativo a sus trastornos de personalidad. El 4 de octubre de 2016, el abogado James A. Herb inició un primer procedimiento oficial de incapacitación ante el Tribunal de Florida, que fue inmediatamente rechazado por los magistrados.* Al día siguiente de la elección, John Gartner, profesor de Psiquiatría de la Universidad Johns Hopkins (Maryland), hizo pública una petición que decía: «Donald Trump presenta una enfermedad mental grave que lo hace psicológicamente incapaz de cumplir con las obligaciones del presidente de Estados Unidos»** (su petición recogió más de setenta mil fir-

* James A. Herb, «Donald J. Trump, alleged incapacitated person», en Bandy Lee (comp.), *The Dangerous Case of Donald Trump: 27 Psychiatrists and Mental Health Experts Assess a President*, Thomas Dunne Books, Nueva York, 2017.

** John Gartner, «Mental health professionals declare Trump is mentally ill and must be removed», Change.org, <[frama.link/3u2WJh7Y](https://www.change.org/p/john-gartner-mental-health-professionals-declare-trump-is-mentally-ill-and-must-be-removed)>.

mas). A finales de 2016, tres profesores de Psiquiatría escribieron al presidente Obama para pedir que el vencedor de la elección se sometiera a un examen psiquiátrico, expresando su «gran preocupación» acerca de «la impulsividad, la hipersensibilidad a la crítica y la aparente incapacidad para distinguir la fantasía de la realidad» del nuevo presidente.*

Cuando Donald Trump se instaló en la Casa Blanca en enero de 2017, la cuestión volvió a plantearse, James A. Herb inició un nuevo procedimiento invocando el artículo 3 de la vigésima quinta enmienda (que prevé la sustitución del presidente por el vicepresidente en caso de incapacidad para ejercer el poder y cumplir con los deberes del cargo), que fue rechazado por el Tribunal el 21 de febrero de 2017.

En febrero de 2017, un grupo de más de mil psiquiatras y psicólogos creó Citizen Therapists Against Trumpism para alertar acerca del perfil psicológico preocupante del nuevo presidente. En marzo de 2017, dos eminentes psiquiatras estadounidenses, Robert Jay Lifton y Judith Herman, en una carta abierta a *The New York Times*, denunciaron el perfil psicológico peligroso del presidente Trump.** Posteriormente, otra petición, Need to Impeach, lanzada por el multimillonario Tom Steyer, fue firmada por más de cinco millones de estadounidenses. Pero la resistencia también se ejerció en la calle, pues unos cuatro millones de personas se manifestaron en la Marcha de las Mujeres al día siguiente de la investidura de Donald Trump.

* Richard Greene, «Is Donald Trump mentally ill? 3 professors of psychiatry ask president Obama to conduct a full medical and neuropsychiatric evaluation», *The Huffington Post*, 17 de diciembre de 2016, <frama.link/57ydraFZ>.

** Robert Jay Lifton, prefacio a Bandy Lee (comp.), *The Dangerous Case of Donald Trump*, *op. cit.* En todos los países existe una ley sobre la protección de las personas cuyo estado mental representa un peligro para ellas mismas y para los demás.

DIAGNÓSTICO CLÍNICO: TRUMP MARCA TODAS LAS CASILLAS

Sin embargo, no todos los especialistas están de acuerdo sobre la personalidad compleja de Donald Trump. Aunque algunos eminentes psiquiatras estadounidenses consideran que padece un trastorno de la personalidad narcisista, otros estiman que solo presenta una fuerte personalidad. La dificultad estriba en que, deontológicamente hablando, un psiquiatra no puede establecer un diagnóstico sobre un individuo sin haberlo visitado personalmente. Cabe recordar que ya en agosto de 2016 la Asociación Americana de Psiquiatría publicó un comunicado para condenar la práctica de un diagnóstico a distancia: según dicho comunicado, eso podía menoscabar la «confianza del público en la psiquiatría».* Se refería a la regla Goldwater, adoptada en 1973 por la asociación, según la cual diagnosticar a un personaje público sin el examen pertinente y sin su autorización vulnera la deontología médica. Esta problemática, en efecto, ya había sido objeto de debate durante la campaña para la elección presidencial de 1964, cuando una revista preguntó a miles de psiquiatras si el candidato Barry Goldwater era psicológicamente apto para ser presidente. Más de mil psiquiatras declararon que sería incapaz, y Goldwater ganó posteriormente un proceso por difamación contra esa declaración.

El narcisismo patológico de un individuo se establece generalmente a partir de un test basado en el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM)*, que es el manual internacional de clasificación de las enfermedades mentales cuya quinta edición se publicó en 2013** (véase el capítulo 3). Para el psiquiatra Allen Frances, coautor del *DSM-5*, Trump «puede ser un narcisista de

* Aaron Blake, «The American Psychiatric Association issues a warning: no psychoanalyzing Donald Trump», *The Washington Post*, 7 de agosto de 2016, <frama.link/NQCpV6Sm>.

** American Psychiatric Association, *DSM-5*, 2013.

primera, pero eso no lo convierte en un enfermo mental». * Los argumentos que da para explicar ese punto de vista son bastante sorprendentes: «Porque no padece la angustia y la deficiencia que conducen al diagnóstico de un trastorno mental». Y añade: «Un mal comportamiento raras veces es un signo de enfermedad mental». En efecto, según el *DSM*, para que se pueda hablar de trastornos de la personalidad es preciso que los rasgos en cuestión provoquen un sufrimiento personal o una incapacidad, lo cual aparentemente no es el caso de Donald Trump. Volveremos sobre esta argumentación, porque lo discutible es toda la pertinencia de los diagnósticos establecidos por el *DSM*: ¿solo se puede diagnosticar un trastorno psicológico o una enfermedad mental a partir del sufrimiento que experimenta la persona?

Las advertencias de sus colegas no impidieron que veintisiete psiquiatras y psicólogos estadounidenses abandonaran su neutralidad profesional: partiendo de una conferencia en la Facultad de Medicina de Yale en abril de 2017, titulada «Duty to Warn», publicaron un libro colectivo para alertar a los ciudadanos de Estados Unidos del peligro que representa Donald Trump. ** Aunque un psiquiatra efectivamente no pueda emitir un diagnóstico sobre una persona a la que no ha examinado personalmente, lo que sí puede hacer es describir los síntomas y decir si un individuo es peligroso «para sí mismo y para los demás». Admitiendo que Donald Trump presenta una personalidad narcisista, ¿podemos decir que se trata simplemente de rasgos narcisistas como los que se observan en gran parte de los estadounidenses? ¿O de un trastorno de la personalidad, es decir, de un conjunto de comportamientos y relaciones inadaptados a las normas sociales? ¿O de una patología más grave? Los medios han generalizado hablar de «locura». Tratemos de aclarar las cosas.

* Allen Frances, «An eminent psychiatrist demurs on Trump's mental state», *The New York Times*, 14 de febrero de 2017.

** Bandy Lee (comp.), *The Dangerous Case of Donald Trump*, op. cit.

Más adelante discutiremos sobre la pertinencia del test inspirado en el *DSM*, que a nuestro entender es poco matizado (véase el capítulo 3); pero puesto que los psiquiatras estadounidenses lo usan como referencia, vamos a emplearlo para analizar la personalidad de Donald Trump. Veremos que marca todos los ítems del trastorno de la personalidad narcisista, tal como la describe el *DSM-5*. Naturalmente, también presenta rasgos pertenecientes a otros trastornos de la personalidad, pero eso ahora es secundario. Según el *DSM-5*, el trastorno de la personalidad narcisista se describe así: «Se trata en general de fantasías o de comportamientos grandiosos, de una necesidad de ser admirado y de falta de empatía, que ya están presentes al comienzo de la edad adulta y se evidencian en contextos diversos, como atestiguan al menos cinco de las nueve manifestaciones» que vamos a citar y comentar.

LOS NUEVE CRITERIOS DEL TRASTORNO DE LA PERSONALIDAD NARCISISTA

«1. EL SUJETO TIENE UN SENTIDO GRANDIOSO DE SU PROPIA IMPORTANCIA (SOBRESTIMA, POR EJEMPLO, SUS REALIZACIONES Y SUS CAPACIDADES, ESPERA SER RECONOCIDO COMO SUPERIOR SIN HABER EFECTUADO NADA QUE LO JUSTIFIQUE)»

Donald Trump está instalado, y siempre lo ha estado, en la omnipotencia. Se cree especial, por encima de todo y de todo el mundo: «*Anything we want is now possible*» («Ahora todo lo que queremos es posible»). Ya en 1984, en una entrevista publicada en *The Washington Post*, declaró que era perfectamente capaz de negociar con la Unión Soviética sobre el arsenal nuclear: «Tardaría una hora y media en aprender todo lo que hay que saber sobre los misiles [...]. De todas formas, creo que ya sé lo principal». Se jacta sin ningún pudor: «La única diferencia entre yo y los demás candidatos es que

yo soy más honrado. Y mis mujeres son más guapas». «Mis dedos son largos y bonitos. Lo mismo, y esto está bien documentado, que algunas otras partes de mi anatomía.» Su elección para el cargo supremo no lo ha calmado y ha seguido jactándose, porque presumir es instintivo en él, no tiene filtro. Y eso es sin duda lo que puede llevarlo a cometer errores por exageración. Como en su conferencia de prensa del 16 de febrero de 2017: «No creo que haya habido ningún presidente electo que, en tan poco tiempo, haya hecho lo que hemos hecho nosotros»; luego en julio de 2017: «Durante toda mi vida, mis dos grandes cualidades han sido la estabilidad mental y ser, digamos, realmente inteligente». En agosto de 2018, después de que el que había sido su abogado lo acusara de haber violado la ley electoral, afirmó en Fox News: «No veo por qué habría que destituir a alguien que ha hecho un supertrabajo».

«2. ESTÁ ABSORBIDO POR FANTASÍAS DE ÉXITO ILIMITADO, DE PODER, DE ESPLENDOR, DE BELLEZA Y DE AMOR IDEAL»

El mundo de Trump se caracteriza por el énfasis, el superlativo y la hipérbole: «Creo que voy a ser el mayor productor de puestos de trabajo jamás creado por Dios». En el discurso de investidura del 20 de enero de 2017, empleó varias veces los términos *great*, *fantastic*, *incredible*, *incredibly* y *brillant*, especialmente para calificar a los miembros de su futura administración.

Para presentar a sus colaboradores, siempre utiliza el superlativo. Del patrón de ExxonMobil, Rex Tillerson, nombrado secretario de Estado (encargado de Asuntos Exteriores) en febrero de 2017 (y despedido un año más tarde), dijo: «¡Es el más grande, el hombre de negocios más hábil del planeta, es increíble!».

Todo lo suyo tiene que ser siempre lo más grande: la marca Trump es la más grande, la Trump Tower es la más alta y la más llamativa, hasta el punto de que ha falsificado la numeración de los

pisos para que pareciera más alta de lo que es. En su discurso del 30 de enero de 2018, calificó su reforma fiscal como la más importante de la historia del país y aseguró que quería restaurar «la fuerza y la posición» de Estados Unidos.* Nada es lo bastante grande para él, y quiere recuperar el retraso de su país en el campo de la conquista espacial y lograr el dominio estadounidense del espacio.

«3. CREE SER “ESPECIAL” Y ÚNICO, Y ESTÁ CONVENCIDO DE QUE SOLO PUEDEN ADMITIRLO O COMPRENDERLO LAS INSTITUCIONES Y LAS PERSONAS ESPECIALES Y DE ALTO NIVEL»

Aunque se presente como un populista, Donald Trump en realidad solo trata con los más grandes, los únicos dignos de él. Entre los políticos, solo respeta a los machos dominantes, los que están a su altura, con los que puede echar un pulso. En el largo apretón de manos que intercambió con el nuevo presidente francés Emmanuel Macron el 25 de mayo de 2017 en Bruselas hay que ver una prueba de reconocimiento mutuo. Macron resistió, lo cual le permitió ser aceptado por su homólogo, pero el presidente estadounidense no pudo resistir luego la necesidad de realzarse con un gesto paternalista, quitándole a Macron una mota del hombro. En su equipo ha confiado los cargos más altos a varios multimillonarios. La mayoría de esas personas han nacido ricas, han estudiado en escuelas elitistas y han seguido redondeando su fortuna en la edad adulta.

A Trump le gustan los hombres fuertes y habla mejor de los autócratas y los dictadores que de los presidentes moderados. Ha elogiado, por ejemplo, al presidente filipino Rodrigo Duterte, elegido en mayo de 2016, a pesar de sus métodos expeditivos en la guerra sangrienta que mantiene contra los narcotraficantes, afirmando

* Gilles Paris, «Lors de son premier discours sur l'état de l'Union, Trump s'essaie à nouveau à l'unité», *Le Monde*, 31 de enero de 2018.

en mayo de 2017 que hacía «un trabajo increíble con el problema de la droga» (*«he is doing an unbelievable job on the drug problem»*). En el fondo, Donald Trump quisiera tener más poder del que tiene, porque la democracia le importa poco: para él no es más que un obstáculo para su afán de omnipotencia. Y por eso en marzo de 2018 admiró la decisión del presidente chino Xi Jinping de suprimir los límites a su mandato presidencial, diciendo entonces de él que era «genial». ¿Es porque pensaba que solo los poderosos podían comprenderlo por lo que Donald Trump expresó muy pronto su admiración por Vladimir Putin? Con Kim Jong-un, el joven dirigente de Corea del Norte desde 2012, inició una batalla de egos, jactándose en enero de 2018 de tener un arma nuclear «más grande que la de Rocketman»; pero como quería lograr un acuerdo para apuntarse un éxito allí donde sus predecesores habían fracasado, a fin de ser «especial» y «único» (según los términos del *DSM-5*), lo cual probablemente también le convenía al presidente norcoreano para rehabilitar su imagen en la escena internacional, acabó encontrándolo «simpático» y divertido.

«4. TIENE UNA NECESIDAD EXCESIVA DE SER ADMIRADO»

Trump comprendió muy pronto que, como sucede con las estrellas del espectáculo o la reina de Inglaterra, tiene que ser fácil reconocerlo. Cuida, por tanto, su físico para no pasar inadvertido. Al crear en 2004 el programa de telerrealidad «The Apprentice», pudo colmar su insaciable sed de hacerse publicidad, pues el programa le permitía aumentar su fama. Como su necesidad de estar en el centro de las cosas es totalmente compulsiva, adhirió su nombre a todos los productos que comercializa: sus casinos, sus bistecs, su vino, sus edificios y su universidad. Lo que le importa es ser famoso, que se hable de él, aunque sea para criticarlo. Y para eso está dispuesto a decir toda clase de barbaridades racistas y sexistas, cosa que a los medios

les encanta: «¿Saben?, poco importa lo que escriban los medios mientras uno tenga a su disposición un c... joven y bello». Se jacta constantemente de sus hazañas y, como un niño, suelta informaciones secretas para impresionar a sus invitados. Aunque no sea debida a su política, en cuanto aparece una buena noticia en los mercados financieros, la utiliza para presumir en sus tuits. Para él, la política exterior es como un *show* de telerrealidad: primero hay que provocar un poco, después viene un anuncio y luego es preciso que el acontecimiento, como su reunión con Kim Jong-un, sea un evento especial retransmitido y comentado en todos los medios. Es una forma de demostrarle al mundo entero que él es mejor que su predecesor.

«5. CREE QUE TODO LE ES DEBIDO: ESPERA GOZAR SIEMPRE DE UN TRATO ESPECIALMENTE FAVORABLE Y QUE SUS DESEOS SE VEAN AUTOMÁTICAMENTE SATISFECHOS»

Considera que no le debe nada a nadie, que puede permitirse decir y hacer lo que le plazca y que sus deseos deben ser siempre satisfechos. Cuando algo no le gusta, cree que como presidente puede arreglarlo con un simple tuit. En julio de 2017, por ejemplo, anunció en Twitter la prohibición de los transgéneros en las Fuerzas Armadas, pero un general anunció que la decisión no se aplicaría. En un tuit del 4 de junio de 2018, a propósito de la investigación sobre la injerencia rusa en su campaña, escribió: «Como han establecido numerosos expertos, [...] tengo el derecho absoluto de indultarme yo mismo. Pero ¿por qué debería hacerlo, si no he hecho nada malo?». En su delirio de grandeza, como un niño pequeño, Donald Trump se había imaginado a sí mismo como un superhéroe, y sigue teniendo rabietas cuando no obtiene lo que quiere o cuando se le lleva la contraria. Así, por ejemplo, ha impedido varias veces expresarse a un periodista de la CNN y ha estigmatizado a los artistas que se negaron a actuar en la ceremonia de su investidura.

Cree que está por encima de la ley, y cuando fue elegido se negó a publicar su declaración de impuestos. En febrero de 2017, quiso influir en el director del FBI, James Comey: «Espero que encuentres la manera de dejar eso, de soltar a Flynn. Es un buen tipo». Comey confirmó haber recibido presiones del presidente para que abandonase la investigación sobre Michael Flynn, su exasesor de Seguridad Nacional implicado en el caso de la injerencia rusa en la elección presidencial.

«6. EXPLOTA AL OTRO EN LAS RELACIONES INTERPERSONALES:
UTILIZA A LOS DEMÁS PARA ALCANZAR SUS FINES»

Para él, el otro no existe, o mejor dicho, existe como un instrumento a su servicio. Para satisfacer los intereses de las grandes empresas y de sus homólogos multimillonarios, Trump derogó en los primeros meses de su mandato catorce grandes normas ambientales, financieras y laborales en materia de salud y seguridad. Es el «después de mí, el diluvio». Abrogó numerosos textos sobre protección medioambiental y condiciones de trabajo. Dijo haber reclutado a los mejores y a los más grandes, pero no dudó en despedirlos con un simple tuit en cuanto emitieron alguna crítica o se negaron a obedecer sus caprichos. Así es como en un año y medio ha despedido a tres directivos de comunicación, a tres asesores de seguridad y a tres secretarios: «*You are fired!*». Tras utilizar a su abogado Michael Cohen, lo criticó cuando este afirmó bajo juramento, en agosto de 2018, haber comprado el silencio de dos acusadoras: «Si alguien busca a un buen abogado, le aconsejo vivamente que no contrate los servicios de Michael Cohen». No solo están a su disposición los demás, sino que la realidad debe plegarse a la idea que él se hace de esta. Es lo que explica las *fake news* de las que hablaremos más adelante. Su única preocupación es mantenerse en el poder, ser reelegido y dejar su huella en la historia.

«7. FALTA DE EMPATÍA: NO ESTÁ DISPUESTO A RECONOCER NI A COMPARTIR LOS SENTIMIENTOS Y NECESIDADES DE LOS DEMÁS»

En el caso de Donald Trump, no se trata solo de falta de sensibilidad para las necesidades y los deseos de los demás, sino más bien de una pavorosa ausencia de empatía, que se manifiesta a través del machismo, el racismo y el desprecio hacia todos los que no lo alaban. Durante la campaña electoral de 2016, se burló de un periodista discapacitado; y se vengó de Ted Cruz, su adversario en las primarias, insinuando que su padre había tenido algo que ver con el asesino de J. F. K. En otra ocasión, se burló de la madre de un capitán musulmán caído en combate.

Donald Trump es evidentemente racista, pero en él ni siquiera se trata de una convicción bien asentada: ocurre que, al identificarse con los blancos judeocristianos, le es imposible compartir las visiones y la cultura de los que son diferentes a ese modelo de fantasía. Así, empleó la expresión «países de mierda» para referirse a varias naciones africanas. Y para asegurarse el electorado de «blancos», jugó con la fibra identitaria, halagando el resentimiento popular. Por otra parte, cree que todos los musulmanes son terroristas en potencia, y los describió celebrando el ataque al World Trade Center de septiembre de 2001.

También es incontestablemente sexista: desprecia a las mujeres y no se corta un pelo a la hora de demostrarlo. Su rival republicana Carly Fiorina era demasiado fea para ser presidenciable; una periodista que lo criticó no era más que una idiota reducida a sus menstruaciones; también se jactó de poder «agarrar a las mujeres por los genitales»...

Como todos los Narcisos, está tan centrado en sí mismo que es incapaz de prestar atención a los demás. Tanto cuando denunció en mayo de 2017 el Acuerdo de París sobre el cambio climático (firmado por ciento noventa y cinco países al final de la Conferencia de las Partes [COP21] en 2015) como cuando quiso acabar con el Oba-

macare, siempre se ha mostrado indiferente a las consecuencias para las personas de sus decisiones. En agosto de 2017, pese a la gravedad de las inundaciones causadas por la tempestad *Harvey* en Texas, Trump siguió negando la realidad de los riesgos ligados al cambio climático, e incluso suavizó las medidas decididas por Barack Obama para hacer frente a las inundaciones. Para ahorrar, redujo las ayudas sociales a los más desfavorecidos.

Solamente se preocupa de lo que puede darle prestigio o contribuir a alimentar su amor propio. En la primavera de 2018, cuando endureció sus ataques contra la inmigración ilegal hasta la tolerancia cero, separando a los padres de los hijos en las familias sin papeles, lo hizo sin ninguna consideración, solo para complacer a sus electores. Si después suavizó su posición, fue por temor a que esa medida demasiado impopular afectara a las elecciones de mitad de mandato. Actúa únicamente por oportunismo, ya que los demás no le interesan, salvo si es bueno para su imagen.

«8. ENVIDIA A MENUDO A LOS DEMÁS Y CREE
QUE LOS DEMÁS LO ENVIDIAN»

A un Narciso patológico no le basta con tener una visión grandiosa de sí mismo, necesita que los demás reconozcan sus cualidades y lo proclamen. Donald Trump está convencido de que los demás envidian sus capacidades, como afirmó en mayo de 2013: «Lo siento por los *losers* y los *haters*, pero mi coeficiente intelectual es de los más altos».* Tras su victoria electoral, soportó mal que Hillary Clinton hubiese obtenido 2,8 millones de votos más que él: tuiteó que «de no ser por los millones de personas que han votado ilegalmente», él se habría llevado el voto popular. Cuando es el primero

* Citado por Catherine Gouëset, «Trump vu par les psys: “La réalité doit se plier à l'idée qu'il s'en fait”», *L'Express*, 19 de febrero de 2017.

LOS OTROS DIAGNÓSTICOS MENCIONADOS

Aunque nadie discute el narcisismo patológico de Donald Trump, algunos psiquiatras han mencionado otros diagnósticos. En nuestra opinión, solo constituyen aspectos laterales del trastorno de la personalidad narcisista, variantes de esa patología, pero es interesante citarlos para concretar más el cuadro del personaje y saber cómo lo perciben los profesionales estadounidenses de la psicología y la psiquiatría.

EL TDAH

El primer diagnóstico evidente es el trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH). Se trata de una patología que reúne trastorno de la atención, hiperactividad e impulsividad, y que muy a menudo coexiste con un trastorno de la personalidad narcisista. En su libro de 1990, *Surviving at the Top*, Donald Trump ya lo confesaba: «Mi tiempo de concentración es muy corto y el *statu quo* es probablemente la situación que más me indispono. En vez de alegrarme cuando todo va bien, me siento inquieto y me vuelvo irritable». Efectivamente, Trump es incapaz de concentrarse varios minutos en un tema que no tenga que ver con su autoglorificación, y presume de ello: «A veces, la gente se sorprende de la rapidez con la que tomo decisiones importantes, pero he aprendido a confiar en mis instintos y a no reflexionar demasiado», escribió en 2004 en *Think Like a Billionaire*.*

Por lo tanto, no puede tener un pensamiento profundo y crítico, lo cual lo convierte en una persona extremadamente influenciable. Su credulidad, que le hace aceptar las teorías más peregrinas, se explica por su inmadurez. Pese a aparentar una gran seguridad en sí

* Donald Trump, *Think Like a Billionaire*, Random House, Nueva York, 2004 (trad. cast.: *Piensa como multimillonario*, Aguilar, México D. F., 2007).

mismo, Donald Trump es muy manipulable. Durante su campaña y luego al principio de su mandato, Steve Bannon pasaba por ser el *alter ego* del presidente, el responsable de su decisión de abandonar el Acuerdo de París sobre el clima, el que alimentaba su guerra contra los medios y el que movía los hilos entre bastidores para que el presidente continuara seduciendo a sus apoyos más virulentos. La revista *Time* acusó a Steve Bannon cuando publicó en portada una foto suya titulada «The Great Manipulator». El artículo planteaba claramente la cuestión: «¿Es Steve Bannon el segundo hombre más influyente del mundo?».* Parece que Donald Trump se lo tomó mal y que no le gustó que lo describieran como una marioneta. Steve Bannon tuvo que abandonar finalmente la Casa Blanca en agosto.

Eso también explica su imprevisibilidad y su impulsividad. Ante una crítica o lo que él considera como un ataque a su imagen, siempre reacciona en caliente y de forma virulenta. Pero no hay que confundir su impulsividad con la reactividad necesaria en un hombre de Estado. En 1990, el psicólogo estadounidense Scott Dickman señaló la oposición entre la impulsividad funcional (cuando una situación exige tomar decisiones inmediatas), la cual es esencial para un jefe de Estado, y la impulsividad disfuncional (cuando lo acertado habría sido tomarse un tiempo para la reflexión).** Donald Trump reacciona antes de pensar.

LA PSICOPATÍA O SOCIOPATÍA

Algunos psiquiatras estadounidenses se han preguntado si la intolerancia a la frustración de Donald Trump era atribuible a su narcisismo.

* David Von Drehle, «Is Steve Bannon the second most powerful man in the world?», *Time Magazine*, 2 de febrero de 2017.

** Scott J. Dickman, «Functional and dysfunctional impulsivity: personality and cognitive correlates», *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 58, n.º 1, 1990, págs. 95-102.

mo o si era la expresión de sus rasgos psicopáticos: impulsividad responsable de agresiones verbales y físicas, desprecio por las reglas y normas sociales, ausencia de remordimientos y sentimiento de culpabilidad, etcétera. Oscilando entre sonrisa y amenaza, seducción y rechazo, la personalidad psicopática se caracteriza por una inestabilidad relacional y del humor que expresa a la vez profundas angustias y una inmadurez afectiva.

El ya citado psiquiatra John Gartner habla a este propósito de «narcisismo malhechor» o «maligno», mientras que algunos colegas suyos mencionan la «psicosis megalomaniaca», que en algunas traducciones francesas se ha resumido como «perversión narcisista». Veremos en el capítulo siguiente las diferencias entre esos trastornos, pero por ahora digamos que cabe distinguir varios subgrupos dentro de los trastornos de la personalidad narcisista, y que el narcisismo maligno del que habla Gartner forma parte de ellos. Ulteriormente veremos que, en nuestra opinión, Donald Trump no es un perverso narcisista, al contrario que Putin, porque su narcisismo es demasiado evidente, ostentoso, ingenuo e infantil, mientras que un perverso narcisista es ante todo un estratega que avanza enmascarado para realizar mejor sus fechorías (véase el capítulo 4).

¿PARANOIA, DETERIORO NEUROLÓGICO O TRASTORNO DELIRANTE?

La manera en que Trump se enfrenta a las ciencias o a la prensa puede hacer pensar en un caso de paranoia: se siente perseguido incluso por minorías que no representan ningún peligro para él; y percibe en general a todos los que están en su contra como actores de un complot destinado a deslegitimarlo. En este sentido, algunas de sus reacciones pueden sugerir efectivamente la paranoia, pero en su caso no se trata de un trastorno estructurado que implique cierta rigidez: se debe mucho más a una preocupación incesante por preservar su imagen y a la exacerbación de su deseo de omnipotencia.

Cuando presenta Estados Unidos como una víctima de la rapacidad de los demás países, que se aprovechan de su generosidad, hay que relacionar este punto de vista con su propia sensación: él se siente incomprendido, injustamente criticado y continuamente forzado a demostrar que es el mejor. Será más fácil comprenderlo si recordamos algunos episodios de su biografía.

A varios expertos les ha llamado la atención el empobrecimiento del vocabulario de Donald Trump desde finales de la década de 2000, así como la falta de control de sus pulsiones.* Según ellos, la asociación de un estado de excitación con una jovialidad excesiva, una propensión a hacer chistes y chascarrillos, así como sus trastornos del lenguaje, evocan la demencia progresiva, ligada a una degeneración del cerebro frontal.

Los psiquiatras estadounidenses tienden a situar el narcisismo en una escala del 1 al 10 (véase el capítulo 2): hasta 5, una persona tiene un déficit de narcisismo; 5 puede considerarse como normal, y por encima se entra en una patología cada vez más grave que, según ellos, puede llegar hasta la psicosis.** Un narcisismo extremo puede bordear el delirio megalomaniaco, aunque no se trataría de una psicosis propiamente dicha, según los psicoanalistas estadounidenses especialistas en el tema. Este enfoque es indudablemente reductor, y más adelante veremos cómo el psicoanálisis describe y analiza el narcisismo.

SOBRE LOS ORÍGENES DEL NARCISISMO PATOLÓGICO DE TRUMP

La infancia de Donald Trump se corresponde perfectamente con las infancias de los individuos afectados por un narcisismo patoló-

* David M. Reiss, «Cognitive impairment, dementia, and potus», en Bandy Lee (comp.), *The Dangerous Case of Donald Trump*, *op. cit.*

** Craig Malkin, «Pathological narcissism and politics», en Bandy Lee (comp.), *ibid.*

gico. Es el cuarto de los cinco hijos de Fred C. Trump y Mary Trump. Su padre, un rico agente inmobiliario, era tacaño, severo e intransigente. Su abuelo Friedrich Drumpf, un inmigrante alemán que cambió su apellido por Trump, se hizo rico suministrando alimentos, bebidas y chicas a los buscadores de oro del Klondike. Fred, el padre, inventó al parecer las tiendas de víveres con autoservicio en 1929, y luego se dedicó al negocio inmobiliario asociándose con Willie Tomasello, un empresario del que se decía que obligaba a firmar los contratos a puñetazos. Fue allí donde Donald, al que llamaban Donny, aprendió a pegar, a no ceder jamás y a no decir nunca la verdad.* Mary, la madre, una pobre inmigrante escocesa —Mary McLeod de soltera—, había llegado a Estados Unidos a los dieciocho años con solo cincuenta dólares en el bolsillo, y se pirraba por el lujo y por la vida mundana. Donald era su preferido. Tras el nacimiento de su último hijo, cuando «*Little Donny*» tenía dos años, tuvo una grave hemorragia posparto y la hospitalizaron para practicarle una histerectomía. El padre les dijo a los mayores que su madre tal vez iba a morir, pero que debían ir a la escuela a pesar de todo. Eso debió de ser un *shock* para Donald, que no solo veía llegar a un rival, sino que podía temer verse brutalmente privado de su madre por culpa de ese bebé.

Donny pasó sus primeros años en una mansión colonial de veintitrés habitaciones en el elegante barrio de Jamaica Estates, en Nueva York, en el corazón del distrito de Queens. Había dos Cadillac cuyas matrículas llevaban las iniciales del padre, cosa que no era habitual en aquella época, así como un cocinero, un chófer, un televisor en color y muchos *gadgets* que los compañeros de Donny envidiaban. Ya en la escuela primaria, Donald Trump fue calificado de *bully* (pequeño bruto agresivo). Se peleaba mucho, hacía todo lo que podía para llamar la atención y para instaurar relaciones de

* David Cay Johnston, *The Making of Donald Trump*, Melville House Publishing, Nueva York, 2016.

fuerza. Sus compañeros lo describían como «atlético, chanchullero y de mala fe, incapaz de reconocer sus errores», aunque estos saltaran a la vista.* Su escuela, Kew-Forest School, tenía fama de ser muy estricta y a Donny lo castigaban con frecuencia, hasta el punto de que sus iniciales, D. T., se convirtieron en sinónimo abreviado de la palabra *castigo*. A los doce años, tras una escapada no autorizada a Manhattan con un compañero, su padre lo castigó y lo envió a terminar la escolaridad a un internado severísimo, la Academia Militar de Cornwall, al norte del Estado de Nueva York. Donny se encontró entonces en cierto modo desterrado, expulsado del estilo de vida confortable que hasta entonces había conocido. Permaneció cinco años en aquel internado machista y jerarquizado, donde destacó por ser impulsivo y pendenciero.

En los negocios, Donald Trump siempre ha sabido mantenerse en los límites de la legalidad: ha conocido cuatro concursos de acreedores y ha salido más o menos bien parado de algunas transacciones dudosas, pero sin sentirse nunca responsable de nada. Siempre ha presentado sus fracasos como victorias y ha sabido rehacerse, aunque fuera cediendo algunas participaciones más.

Pronto comprendió que la celebridad de su nombre vendía: lo comercializó para promociones inmobiliarias, pero también para marcas de colchones o de vodka (aunque no bebe ni una gota de alcohol), clubs de golf, rascacielos, etcétera. «Se reinventó como logo humano» y levantó un «imperio virtual», escribe su biógrafa Gwenda Blair.** En 2002, Mark Burnett, el creador de «Survivor», el primer *show* de telerrealidad, le propuso presentar «The Apprentice», un programa en el que unos jóvenes rivalizarían para ganar un empleo en su imperio. Trump aceptó de inmediato, menos por razones financieras que por aumentar su celebridad. Su papel en el

* Michael Kranish y Marc Fisher, *Trump Revealed. The Definitive Biography of the 45th President*, Simon & Schuster, Nueva York, 2016.

** Gwenda Blair, *Donald Trump. The Candidate*, Simon & Schuster, Nueva York, 2007.

programa es el de un patrón implacable que expulsa al eslabón débil con la famosa frase: «*You are fired*» («Estás despedido»). «*The Apprentice*» ha sido un éxito que ha durado catorce temporadas. Él presume de ese éxito, se informa de los índices de audiencia, de los artículos en los que figura su nombre, y trata de entrar en la lista de las mayores fortunas que publica *Forbes*.

LOS PUNTOS DÉBILES DEL PRESIDENTE

Si Narciso necesita llamar la atención no es por darse gusto, sino para compensar sus carencias y su falta de autoestima. Detrás de la imagen de superioridad y omnipotencia que Donald Trump se ha forjado, se esconde una gran fragilidad de la imagen propia. Evalúa su éxito como presidente únicamente en función de la mirada ajena, por eso su principal preocupación es ser reconocido internacionalmente. Ya que no puede ser respetado, quiere ser admirado. Como veremos a partir de las explicaciones de los psicoanalistas en el capítulo siguiente, su narcisismo excesivo es una forma de negar la humillación y la vergüenza, pero también la pérdida, como cuando de niño estuvo a punto de perder a su madre. Todo lo que hace está destinado a tomarse la revancha sobre lo que en la infancia percibió como una herida narcisista. Los caricaturistas demuestran que lo han comprendido al describirlo como un niño frágil y ansioso de amor que, para compensar, quiere convertirse en el hombre más poderoso del universo. Cuando a los doce años su padre lo echó de la lujosa mansión familiar para meterlo en un internado militar conocido por su dureza, fue una humillación, fue verse brutalmente expulsado del paraíso mientras sus hermanos y hermanas seguían gozando del lujo familiar. Querrá tomarse la revancha teniendo más éxito que su padre.

Su necesidad de ser el más grande se corresponde también con una revancha social. El ensayista Donald Morrison, que estudió en

Filadelfia al mismo tiempo que Donald Trump, dijo que en la universidad tenía pocos amigos y que no intentaba tener más: era un *loner* («un solitario»).* Durante mucho tiempo, explica Morrison, a pesar de su riqueza y su celebridad, no fue aceptado por las élites sociales de Nueva Inglaterra, porque era demasiado llamativo y vulgar. Ni siquiera pudo ser aceptado en uno de los clubs de golf más prestigiosos de la región y, para compensar, acabó comprando el suyo. Según *National Review*, lo veían como a un «bufón ridículo, con un mal gusto que no se había visto desde Calígula», que ha actuado en un bodrio de película con Bo Derek y que vive en un falso Versalles en la Quinta Avenida.

Pero su herida más importante, la que por lo visto lo decidió a lanzarse a competir por la Casa Blanca, es la humillación pública que recibió de Barack Obama durante la cena de los corresponsales en la Casa Blanca en abril de 2016. Como había contribuido a alimentar la tesis de los *birthers* («nativistas»), que ponían en duda la validez de la partida de nacimiento del presidente, este se burló de él delante de todos aquellos periodistas. Las cámaras mostraron la sonrisa crispada de Donald Trump, que echaba espuma de rabia por la boca. Al parecer dijo: «La gente se burla de nosotros, pero no se burlará más de mí cuando sea presidente». A raíz de esa herida, desarrolló una obsesión que lo llevó a querer borrar del mapa muchas de las decisiones tomadas por Obama, como la extensión de la protección social, afirmando que la suprimiría y la sustituiría casi simultáneamente (cosa que no ha podido hacer). Ha hecho lo imposible para desacreditar a su predecesor. En este tuit de marzo de 2017, por ejemplo, afirma sin pruebas: «Acabo de descubrir que el presidente Obama puso escuchas en las líneas de la Trump Tower justo antes de mi victoria, sin encontrar nada de nada. Pobre hombre».

* «Pour l'essayiste Donald Morrison, Trump, rejeté par les élites de gauche, veut sa revanche», *Le Monde*, 15 de noviembre de 2013.